

—¿Piensas en semejantes utopias?

—Yo, añadió Danton encogiéndose de hombros, no pienso en nada; el niño del Temple, Igualdad, Chartres, Monsieur, el hermano del rey, como ellos le nombran, todos ellos, ¿no están heridos de muerte? Lo que deseo es doblar mis días con mis noches: en la noche encarnizarme con el amor; en el día, con la lucha y los combates: luchar, estenuarme, matarme, si es posible, antes que ellos me maten. ¿No me llaman el Mirabeau del 93?

Y al hablar de aquel modo, Danton devoraba viandas medio crudas y bebía á proporcion. Para sustentar aquella naturaleza terrible era preciso comida como para un león.

El almuerzo concluyó.

—¿Vuelves á Paris? le preguntó Jacobo.

—A fé mia, no, contestó Danton; estoy cansado y permaneceré aquí todo el día: me repondré un poco con la vista y tal vez con la palabra. Es la primera vez que me ha hecho una caricia la casta niña: voy á devolverle el beso que me envió hace un rato.

—¿Entonces puedo llevarme el simón?

—Desde luego, á no ser que prefieras quedarte conmigo.

—No: me precisa devolver la libertad á las dos tórtolas asustadas por la voz de mi amigo Danton.

—¡Buena! Apuesto que son Louvet y Lodoiska.

—Justamente, contestó riendo Jacobo.

—Si puedo salvarlos lo haré, dijo Danton; se aman demasiado.

—¿Y si no puedes salvarlos? preguntó el doctor.

—Trataré de que mueran juntos.

Jacobo tendió la mano á Danton, quien la estrechó cordialmente y la contuvo cuando quiso retirarla.

—Jacobo, repuso, ¿fué en Majuncia en donde perdiste las huellas de Eva y de su tia la canonesa?

—Sí.

—Pues bien, tranquilízate, las encontraré; no te digo cómo ni por dónde recibirás noticias suyas.

Jacobo lanzó un grito y se arrojó en los brazos de Danton.

—¡Vaya, exclamó Danton, ya ves que tú también eres hombre!

Traicion de Dumuriez.

En la célebre sesion de la Convencion que hemos presentado al lector, habia dicho Robespierre las siguientes palabras:

—No respondo de Dumuriez, pero tengo confianza en él.

Si otra vez nos ocupamos de Dumuriez, es porque la suerte de los girondinos estaba ligada con la suya, y la de nuestro héroe Jacobo Merey unida á la de los girondinos.

Ciertamente hubiéramos podido pasar más rápidamente sobre los acontecimientos de aquella época terrible. ¿Pero quién es el hombre esforzado que con la pluma en la mano y tocando á los años 92 y 93, dos abismos, no siente el deseo de narrarlos?

Tal vez hubiera valido más para el interés de nuestro libro reconciliar los dos partidos y no escribir sino estas palabras:

«Nombrado Jacobo Merey diputado por la Convencion, adoptó el partido de los girondinos, y vencido como ellos, se vió proscrito con ellos.»

Pero cuanto más adelantamos en edad y más entramos en el terreno de la política y el arte, nos convencemos más que en días de lucha como los que atravesamos, y mientras que no sean la religion del mundo los principios proclamados por nuestros padres, cada cual debe ayudar á la rehabilitacion de esos hombres calumniados por los idilios realistas, por esa miel de *belladona* y de *acónito*, dulce para los lábios, mortal para la inteligencia y para el corazon.

Volvamos á Dumuriez y libremos, á la Montaña en la persona de Danton y á la Gironda en la de Guadet y de Gensonné, de toda complicidad con el traidor que ni aun tuvo el pretexto de la ingratitud del país para disculpar la traicion.

La traicion la llevaba ya en el corazon al salir de Paris en el mes de Enero. Se habia comprometido con la coalicion para salvar al rey, y la cabeza del rey habia caido.

Para probar que no era cómplice de la régia muerte, no tenia otro recurso que vender á la Francia.

Efectivamente, estaba mal con todos los partidos.

Con los jacobinos, que con razon le tenian por realista ó al ménos por orleanista.

Con los realistas, por haber salvado dos veces la Francia de la invasion, una en Valmy y otra en Jemmapes.

Con Danton, porque este deseaba la anexion de los Paisés-Bajos á la Francia, y Dumuriez la independenciam de Bélgica.

Y por último, mal con los girondinos, porque ínterin trataba con la Inglaterra, ellos habian declarado bruscamente la guerra á la Gran Bretaña.

Solo el ejército le queria.

Pero tres dias despues de aquel en que Robespierre, sin responder de él, aseguraba tener confianza, llegó una carta de Dumuriez para el presidente de la Convencion, el girondino Gensonné.

Era la segunda edicion del manifiesto de Lafayette.

Una separacion completa de los principios, una amenaza á la Convencion, un plan político opuesto al de la Asamblea.

Barrere queria comunicar inmediatamente la carta á la Convencion y pedir la prision y acusacion contra Dumuriez; pero un hombre se opuso á la proposicion.

El tribuno, con la fuerza física y moral, jamás se cuidaba del mal que podria resultarle una proposicion ó adhesion hecha por él.

Hasta el dia en que se vió obligado, para no caer con ellos y para defenderse, á declararse contra los girondinos, jamás salió una palabra de sus lábios que no fuera eco de su corazon.

Hablaba, y despues que sucediera lo que pluguiera á Dios.

Entonces, sin cuidarse de la impopularidad que sobre él recaia oponiéndose á la proposicion contra Dumuriez, dijo:

—¿Qué haceis? ¿Quereis decretar la prision de ese hombre? ¿Y no sabeis que es el ídolo del ejército? ¿No habeis visto como yo en las

revistas besar los soldados sus manos, su traje, sus botas? Es preciso por lo ménos aguardar á que efectúe su retirada. ¿Quién la hará y cómo sin él?

Y con una frase lanzó un rayo de luz sobre aquella dualidad extraña que cada cual pudo comprender.

—*Ha perdido la cabeza como político, dijo, pero no como general.*

El comité fué de la opinion de Danton.

Entonces se hizo esta pregunta:

—¿Qué se debe hacer?

—Mandar al general una comision para que se retracte de su carta.

—Y quién podrá exponerse á atacar al lobo en su cueva?

Danton cambió una mirada con su colega Lacroix.

—Lacroix y yo, en nombre de la Montaña, con tal que Gensonné y Guadet nos acompañen en nombre de la Gironda.

La proposicion se trasmitió á los dos girondinos, los que viéndose ya demasiado comprometidos, rehusaron.

Entonces Danton ofreció ir solo con Lacroix, y el comité prometió guardar la carta hasta que volvieran.

Efectivamente, era imposible prender á Dumuriez en medio de su ejército.

Los hombres que habia conducido á la victoria, los valientes que creian tenia un corazon francés y que ignoraban su traicion, le defenderian.

Unicamente los voluntarios, que al salir de Paris habian oido gritar contra la traicion de Dumuriez, y que habian pensado llegar hasta los bancos de la Convencion para asesinar como cómplices suyos á los girondinos, le podrían prender, pero los soldados le defenderian y la guerra civil hubiera estallado entre el ejército.

Hubiera sido preciso que los franceses le vieran en medio de los austriacos fraternizando con ellos para que se les cayeran las armas de sus manos y desapareciera la confianza de su corazon.

Pero antes que se comprendiera por completo aquel sér incomprendible, antes que Danton pudiera llegar, se vió obligado Dumu-

riez á batirse con el enemigo, que tenia cincuenta mil hombres, teniendo él solo treinta y cinco mil.

La batalla fué una derrota. La accion tomó el nombre del pueblecillo de Nervonde, y fué desastrosa.

Abandonado Nervonde por tres veces y vuelto á tomar, era un osario de carne humana, pues en sus calles se recogieron mil quinientos muertos.

La disposicion del terreno se parecia mucho á la de Jemmapes. El plan el mismo.

Miranda, un anciano general español, calumniado por Dumuriez, francés por amor á la libertad y que debia volver á ser español para ayudar á Bolívar á fundar las repúblicas de la América del Sur, mandaba la izquierda.

Era la posicion que Dampierre ocupaba en Jemmapes.

El duque de Chartres mandaba el centro, como en Jemmapes. El general Valence, el yerno de Sillery-Genlis, mandaba la derecha.

Lo mismo que habian dejado en Jemmapes cargar á Dampierre, hasta el momento en que el duque de Chartres decidiera el éxito de la batalla en Nervonde, dejaron á Miranda hasta que Valence, vencedor en el ala derecha, y el duque de Chartres vencedor en el centro, acudieron al socorro de Miranda.

Pero dió la casualidad que en el ejército enemigo tambien habia un príncipe.

Era el príncipe Carlos, hijo del emperador Leopoldo, el que tambien daba el primer paso en la carrera de las armas y que necesitaba una victoria para hacerse popular.

La superioridad de fuerzas la hacian segura.

Segun el plan debia Miranda ocupar Leave y Osmail: á las doce los ocupó; pero entonces Coburgo, para reservar la victoria al príncipe Carlos, envió columnas sobre columnas contra Miranda.

La mayor parte del ejército francés mandado por el general español se componia de voluntarios, que viendo venir hácia ellos aquellas masas compactas se desbandaron, llevando en pos de ellos al general hasta Tirlemon, á pesar de sus esfuerzos sobrehumanos para detenerlos.

Cerca de las doce habia sabido Dumuriez la victoria de Miranda, pero ninguna noticia tuvo de su derrota. El ruido de sus cañones le impedia calcular si el de los demás aumentaba ó disminuía.

Por último, al concluir la jornada, arrojado de Nervonde y no teniendo á su lado sino quince mil hombres, pensaba apoyarse en los siete ú ocho mil de Miranda.

Pero de aquellos no quedaban sino algunos cientos de fugitivos.

Al echar pié á tierra, y cuando creia concluida la jornada, supo Dumuriez la derrota de Miranda; vuelve á montar á caballo, y seguido por sus dos ayudantes, las señoritas de Fernig, y de algunos criados, sale á galope, escapa como por milagro á los hulanos y llega á media noche á Tirlemon, en donde encuentra á Miranda casi solo y estenuado por los esfuerzos que habia hecho.

Desde allí dió la órden de retirada.

Dumuriez operaba al dia siguiente el mismo movimiento, y en el *Boletín Oficial* confesó Coburgo justificando la frase de Danton, que si Dumuriez habia perdido la cabeza como político, no así como general; que aquella retirada fué una obra maestra de estrategia.

Pero no era ménos cierto que Dumuriez habia perdido el prestigio: el general feliz habia sido vencido.

Danton y Lacroix habian encontrado desde Bruselas sembrado el camino de fugitivos, y segun estos, ya no existia ejército y el enemigo podria sin obstáculo ninguno ir hasta Paris.

Aquellas noticias hacian encoger de hombros á Danton.

Ambos comisionados llegaron á Louvain.

Les dijeron que habiendo atacado el ejército imperial los dos pueblos de Op y de Neervoelpe, el general mismo habia corrido á los cañones.

Los comisionados tomaron caballos de posta, y dirigidos por el rumor de la artillería, llegaron hasta el centro de la batalla, en donde encontraron á Dumuriez rechazando al enemigo lo mejor posible.

Al verlos hizo un gesto de impaciencia.

Habian llegado al sitio más peligroso, y las balas y la metralla llovian sobre ellos.

—¿Para qué habeis venido? les gritó Dumuriez.

—A pediros cuenta de vuestra conducta; contestaron los dos diputados.

—¡Pardiez! mi conducta ya la estais viendo; contestó el general.

Y sacando el sable se puso á la cabeza de un regimiento de húsares, cargó y se apoderó de dos piezas de artillería que le molestaban mucho.

Danton y Lacroix permanecieron impassibles.

Cuando Dumuriez volvió les encontró en el mismo sitio.

—¿Qué haceis ahí? exclamó.

—Os aguardábamos.

—Este no es vuestro puesto; si mataran á uno de vosotros no acusarian al enemigo, sino á mí; id á esperarme á Louvain; iré allí esta tarde.

Lo que decia era verdad; de modo que los comisionados volvieron al paso de sus caballos, no queriendo caminar más de prisa para que no creyeran que huían.

Dumuriez fué puntual á la cita.

Se comprende que desde las primeras palabras la conversacion tomó un giro ágrío, el que no era á propósito para reconciliar con la Montaña al general.

Estaban muy distantes unos de otros en sus opiniones.

Danton queria conservar Bélgica y hacer que aceptase el papel moneda (assignats), y Dumuriez deseaba que Bélgica fuese libre, de modo que no habia medio de entenderse.

Pasaron el tiempo en recriminaciones mútuas.

Dumuriez no quiso retractar la carta, y solo pudo conseguirse que escribiera las siguientes líneas:

«El general Dumuriez ruega á la Convencion que no juzgue su carta del 12 de Marzo hasta que envíe las explicaciones necesarias.»

A media noche partieron los diputados portadores de aquella carta insignificante.

Al dia siguiente hubo otro ataque por el ejército imperial; Bliedbeck fué tomado por una columna húngara.

Pero fué rechazada, perdiendo la mitad de sus hombres, por el regimiento de Auvernia, mandado por el coronel Dumas, quien tomó dos piezas de cañon.

Tuvieron lugar tres ataques, y los tres fueron rechazados. Los austriacos se retiraron algunas leguas bastante maltratados.

Pero al dia siguiente de la marcha de los comisionados, no temiendo que le importunasen ya, envió Dumuriez al cuartel general del príncipe Coburgo al coronel Montjoye, encargado de hablar con el coronel Mack, jefe de Estado mayor de la guardia imperial.

El pretexto, como siempre, era un armisticio para cangear los prisioneros y enterrar los muertos.

Mack dió á entender que tendria un placer en conferenciar con el general francés.

Al dia siguiente de esta conferencia volvió el coronel Montjoye al cuartel general para invitar á Mack, de parte de Dumuriez, á que se presentara en Louvain.

En sus Memorias ha dicho Dumuriez hablando del coronel: «Oficial de gran mérito.»

Efectivamente, entonces tenia Mack esa reputacion.

Era un hombre de cuarenta y un años, nacido en Franconia, de una familia pobre, y que entró al servicio del Austria en un regimiento de dragones, en el que pasó por todos los grados hasta llegar á coronel.

Habia hecho la guerra de Turquía á las órdenes del fedemariscal Landon, y la de los siete años al mando del conde de Lacy.

Enviado en 92 al príncipe de Coburgo, le hizo jefe de Estado mayor. No habiendo en aquella época sufrido ningun desastre de los que más tarde le dieron triste celebridad, tenia la reputacion de uno de los oficiales más distinguidos del ejército austriaco.

Hé aquí lo que se convino con él:

1.º Que existiria un armisticio tácito.

Que despues los franceses se retirarian lentamente hácia Bruselas sin ser molestados.

2.º Que los imperiales no atacarian, ni el general tampoco buscaria una batalla.

Que despues de la evacuacion de Bruselas, se volverian á ver para tratar de los hechos posteriores.

Lo demás de que se trató fué un secreto para Francia.

Estas condiciones se observaron escrupulosamente por ambas partes.

El 25 atravesó el ejército Bruselas, y con el mayor orden se retiró á Hall.

...de la noche, dijo Danton...

XXXIX.

Rompimiento de Danton con la Gironda.

El 29 de Marzo, á las ocho de la noche, entraban en Paris Danton y Lacroix.

En lugar de dirigirse á su casa, Travesía del Comercio, ó á su casa de campo de Sevres, aprovechando las tinieblas y el capote que le cubria, fué á llamar en casa de Jacobo.

Al escuchar «adelante,» abrió la puerta y entró.

Jacobo le reconoció, y mientras que la mirada inquieta de Danton recorria la habitacion para saber si estaban solos, Merey salió á su encuentro y le tendió la mano.

—¿De dónde llegas?

—De Bruselas directamente, contestó Jorge.

Jacobo le acercó una silla.

Me dirijo á tí porque tú eres amigo mio, y deseo probarte que lo soy tuyo. No iré á la sesion ni esta noche ni mañana. Antes de ir necesito saber á qué altura se encuentra la opinion pública. Al rehusar Guadet y Gensonné acompañarme para hablar á Dumuriez, se han perdido y han perdido con ellos á la Gironda; si hubieran venido conmigo, si hubieran hablado á Dumuriez con la energía que yo, hubieran tenido que dar fé de ello, y esto era su defensa. ¿Cómo estamos por aquí?

—La exasperacion ha llegado á su colmo, contestó Jacobo. El comité de vigilancia ha dado la noche última orden para prender á Igualdad, padre é hijo, y ha ordenado que se pongan los sellos en los papeles de Roland.